XXXIV.

El día siguiente, próximamente á la una de la tarde, Roberto du Chatel fué á casa de Rachel de Nicia, que le recibió al instante en su tocador: al verle entrar, se arrojó en sus brazos, diciéndole:

—¿Por qué no viniste ayer por la tarde, según habíamos convenido? ¿Qué ha sucedido? ¿Es que has dejado de amarme?

—Y tú, ¿me amas?

—¡Si te amo! (dijo, oprimiéndole contra su pecho.) ¡La duda me mata! ¡He sufrido tanto desde ayer!

—¿Es verdad, querida mía?

—Te lo juro.

Roberto cogió entre sus manos la cabeza de Rachel, sujetándosela; y fijando sus ojos en los de ella, la dijo:

—¿No interviene en esto Prudencia?

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir? — dijo Rachel, palideciendo.

—Quisiera saber si Prudencia no te ha dicho: «Es preciso redoblar tus ternuras para con él, hechizarle, trastornarle, volverle loco».

—¿Y qué objeto había de proponerse al decirme eso?—replicó Rachel, cada vez más turbada.

—Tú no debes ignorar lo que se proponía. ¿No debo á Prudencia la dicha de haberte conocido? ¿No te ha aconsejado que no te opusieras á mi amor, que me trataras bien, y que me reservaras algo, una pequeña parte de tu vida?

Rachel tenía los ojos bajos, y no respondía. Entonces Roberto la atrajo hacia sí, y la besó en la frente y en el pelo; rodeó luego su cuello con sus brazos, y con voz dulce, cadenciosa, la dijo:

—No te atreves á negarlo, lo cual prueba que efectivamente me quieres algo: la mentira es mala compañera del amor; pero no tienes confianza en mí; no me cuentas tus secretos.... Pues bien, adorada mía: eres injusta, porque yo te voy á decir los míos, todos mis secretos...., y para empezar, te diré la razón que me impidió verte ayer.

—¡Ah! ¿Cuál es?

—Me ocupaba de ti (dijo Roberto con la misma ternura). Trataba de asegurar tu porvenir, tu dicha, y de librarte de tus enemigos.

—¡Cómo! ¿tú sabes?....

—¡Oh! Sí; sé que tienes enemigos, y además sé otras cosas.... Te sorprenderá.... Conozco toda tu vida desde que llegaste á Francia, y si quieres que te la diga, nada me es más sencillo. Cierra la puerta, corre los cerrojos, y baja también los portiers, para que nadie pueda oirnos, y vente á sentar al lado de tu primer, de tu único amigo.

Rachel obedeció en todo, menos en sentarse su lado, pues prefirió hacerlo á sus pies, sobre una alfombra de Smirna que estaba extendida sobre el piso de su tocador; y apoyando su cabeza cariñosa, tiernamente, sobre las rodillas de Roberto, se dispuso á escuchar lo que éste iba á decir.

Poco tuvo que esperar; pues en el mismo instante, y á grandes rasgos, Roberto la dijo cuál había sido su vida desde su llegada á París. Lo que ignoraba lo deducía de lo que sabía: lo conocido le permitía averiguar lo desconocido. La observación, la penetración, la intuición, reemplazaban las noticias que le faltaban. Por otra parte, Roberto trataba de dejar aparecer que á propósito no insistía sobre los detalles, y que iba recto al objeto que se proponía. La llevaba de sorpresa en sorpresa, sin dejarla tiempo ni para reponerse ni para protestar, hasta que llegó al robo de los diamantes, que contó como suponía que había pasado, diciendo que Prudencia y sus asociados eran los instigadores y los culpables de él. Lejos de abrumar, de asustar á Rachel, como los otros habían hecho, por el contrario, trataba de disculparla, de perdonarla.

Rachel, silenciosa siempre, se humillaba ante aquel hombre, que se engrandecía á sus ojos á medida que hablaba, y se admiraba de que la conociera tan bien, y de que de tal manera hubiera penetrado sus secretos más íntimos.

—Á partir del día (prosiguió Roberto) en que la duquesa de X.... presentó una demanda contra ti, esos miserables han creído que tenían derecho para mandártelo todo, para exigirte cuanto les convenía. Tú llegaste, desde ese instante, á ser para ellos una cosa, un ser sin voluntad, una esclava. ¿Qué te han mandado? ¿De qué infamia te han hecho cómplice inconsciente? Ya hablaremos más tarde de eso, cuando tratemos de deshacer cuanto ellos han hecho; pero ahora ocupémonos sólo de nosotros.... Antes de llegar á casa de Prudencia, sabía que eras encantadora, deseable, hermosísima. Entraste, y en cuanto te vi, te admiré y procuré serte agradable. ¡Esto era fácil! Te habían dicho: «Es necesario que le enamores».

—Pero desde luego me gustaste,—murmuró Rachel.

—No tan pronto. No eres una mujer caprichosa. Vas queriendo poco á poco, según tratas. ¡Oh! Ya te conozco perfectamente.

—¡Sí, tú me conoces!—dijo Rachel, estrechando sus rodillas, sobre las que apoyaba la cabeza.

—¿Por qué (continuó Roberto) nos echaron así al uno en brazos del otro? Porque tus dueños habían resuelto procurarse otro servidor, otro esclavo. Tú no les bastabas ya; necesitaban un hombre joven y fuerte, y entonces pensaron en mí. Pero ¿cómo comprarme, dominarme y

tenerme bajo su voluntad como á ti? Por la intimidación, por el temor, y por eso trataron de comprometerme en el asunto de los diamantes de la duquesa de X....

—¡Ah! ¡Sabes también!....

—Lo sé todo...., y te perdono. ¡No creas que no he adivinado tus vacilaciones, tus resistencias! ¡No creas que no he comprendido lo que estabas sufriendo el día que me pediste que empeñara ese aderezo!

—¡Oh, sí, sí! ¡Es verdad; tenía mucho miedo, al pensar que iba á comprometerte!

Y levantando bruscamente la cabeza, añadió:

—¿Por qué las has empeñado, si veías el peligro y lo habías adivinado todo?

Roberto puso la mano sobre su cabeza, y la dijo sonriendo:

—Tranquilízate, querida mía. No soy tan cándido como Prudencia ha pensado, y como tú misma has llegado á creer.... Tus diamantes, ó más bien los de la Duquesa, no han entrado para nada en el Monte de Piedad.

—¿Y cómo puede ser eso, si me has traído la papeleta?

—Empeñando otro aderezo muy parecido al tuyo.

—¿Pero dónde le has comprado?

—En una tienda de la calle de la Paix, si ese detalle te interesa.

—¡Compras así como así, alhajas de cien mil francos!—dijo Rachel admirada.

—De ciento veinte mil, para ser más exactos, —dijo Roberto con sencillez.

—Pero tú no eres rico....

—¡Soy un pobre, un infeliz, obligado para vivir á tener que obedecer á los demás, como tú, mi querida Raquel! Pero si no tengo fortuna por mí mismo, en cambio tengo amigos inmensamente ricos, que se dejarían matar por mí, y que tienen tal influencia, que si tú quieres confiarme lo poco que de tu vida no sé, y obedecerme en todo, te libraré de esos miserables que te esclavizan y les obligaré á que tengan que temblar delante de ti.

—¡Habla, habla; haré todo lo que quieras! ¡Te juro que obedeceré!

—Bien, te creo....; pero ante todo, quiero convencerte y darte las pruebas materiales de lo que te he dicho.... Haz el favor de levantarte, y coge mi pardesús, que está sobre ese sillón...., y saca de uno de los bolsillos un paquete que habrá.

Rachel se levantó, y obedeciendo á lo que Roberto le decía, sacó el paquete, y se le entregó.

—No me le dés; tenle tú, y lee lo que hay escrito sobre la primera cubierta.

Y mientras leía, su rostro iba indicando su creciente asombro.

—Ya lo ves (continuó Roberto): los objetos contenidos en ese paquete han sido depositados en casa del Comisario de policía del barrio de la Magdalena, el 2 de Febrero, día en que hice el empeño. Entonces tomaba contra ti precauciones que no tengo que tomar ahora, ni quiero tomar en adelante, porque me inspiras una confianza absoluta.... ¿Hago mal?

—¡No, no!—le contestó estrechándole.

Roberto la abrazó, y después, separándola un poco, añadió:

—Rompe esa cubierta, y lee las líneas escritas por mi mano en la segunda.

—¡Ah! (dijo, cuando acabó su lectura.) ¡Cuánto tiempo hace que lo sabías todo!.... ¡y nada me has dicho!

—Porque todavía no estaba bastante seguro de ti.

—Dime, ¿quién es este Armando Le Forestier de que hablas y que firma la declaración contigo? ¿Es el famoso Le Forestier que dicen que es tan rico?

—El mismo.

—¿Y es amigo tuyo?

—Es mi amigo más íntimo, mi hermano.... ¿No te lo ha dicho Prudencia?

—No, nunca.

—Pues ella debe saberlo.

—¡Oh! Pero á mí no me dice todo lo que sabe.

—Lo creo.... Al decirte que Armando era mi amigo más íntimo, te hacía conocer que tenías un protector poderoso, un protector que te hará no temerla, y que más tarde asegurará tu porvenir, si te portas bien con él.

—Estoy dispuesta á hacer todo lo que me mande, puesto que es tu amigo y le quieres.

—Sin embargo (dijo Roberto); aunque Prudencia no te haya hablado de Armando con respecto á mí, debe, sin embargo, haber pronunciado alguna vez su nombre cuando hablaba con Montbarán ó con el marqués de Arnage.

—Te aseguro que no. No hablan nunca delante de mí más que de las cosas en que puedo servirles....: ¡que han sido muchas, desgraciadamente! ¡Todas, todas te las diré, á pesar de la vergüenza que me ha de costar el confesarlas!

—Bien, luego me las dirás....; pero tranquilízate. Quiero que repares todo el mal que te han obligado á hacer, siendo yo tu buen ángel, como ellos han sido tus malos genios....; pero volvamos á los diamantes de la Duquesa. ¿Sabes si se ha apercibido Prudencia de la sustitución que he hecho?

—No sé, porque no me ha vuelto á hablar de eso.... Quizá no sepa nada.

—Sin embargo, ya te acordarás, que delante de mí, y en este mismo gabinete, te cogió la papeleta del Monte de Piedad.

—Sí; pero si no se ha servido de ella....,si no ha intentado desempeñar las alhajas....

—Ha debido desempeñarlas...., y adivinarlo todo.

—¿Por qué?

—Porque me deja vivir en paz, sin imponerme su voluntad, y es indudable que si creyera que estaba comprometido, hubiera tratado ya de utilizar mis servicios. Si no lo ha hecho así, es porque me ha desenmascarado....; porque ve en mí un adversario, y no un cómplice.

—Sí...., creo que tienes razón....,y ahora que me fijo, he notado que no me habla ya de ti en los mismos términos.... Aunque me pregunta con frecuencia, parece que lo hace por compromiso, y que lo que la interesa es saber lo que piensas, lo que dices y lo que haces. Se preocupa, sobre todo, por nuestros amores, y me reprocha porque no te tengo bastante entusiasmado.

—Eso es lo que ella quiere; cortarme las uñas y roerme los dientes, para no tener nada que temer. Pues bien: dile que estoy loco de amor, entusiasmadísimo.

—¡Ay! ¡eso no es verdad, por desgracia!—dijo la joven, suspirando.

—Lo será cuando tú te vuelvas tal y como yo te quiero.... Entre tanto, abre ese paquete que tienes en la mano, y echa una mirada sobre los diamantes, para que veas si son los mismos.

—¿Para qué?.... Ya me lo has dicho tú, y me basta.

—Míralos; te lo ruego.

Rachel rompió los papeles que cubrían los estuches, y levantando las tapas, dijo:

—Sí, los mismos....; pero yo no he de volver á llevar esas joyas que no son mías.

—Llevarás otras tan buenas como esas,—dijo Roberto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que te regalo de parte de Armando Le Forestier el otro aderezo que he empeñado por ti. ¡Oh! Seguramente no perderás en el cambio, porque las otras joyas son más bellas.

—Os doy gracias á tu amigo y á ti.... por la intención (añadió, sonriendo); pero conozco bien á Prudencia, y sé que no soltará su presa.

—¡Pues no faltaba más! ¡En cuanto yo quiera! ¿Crees que yo voy á dejar esos diamantes en manos de semejante.... perdida?.... ¡Ah! ¡Ya veo que todavía le tienes miedo!.... Vamos, siéntate ahí, en esa butaca, bien enfrente de mí....; y ahora voy á indicarte el medio de desembarazarte de ella...., y de los otros dos.

XXXV.

Rachel se había sentado con el cuerpo inclinado hacia adelante, las manos en las manos de Roberto, y las rodillas junto á las suyas, como él la había dicho, para verla mejor y leer en su rostro todas las impresiones que sintiese.

—En primer lugar (la dijo), voy á hacerte una pregunta, y no olvides que cuento con tu entera franqueza.

—Y haces muy bien,—le contestó Rachel con sencillez.

—Fuera del asunto de los diamantes, ¿has cometido, bajo la inspiración de Prudencia y de sus asociados, otras faltas por las que la justicia pueda castigarte?

—No (respondió la joven sin vacilar, y mirándole frente á frente); sólo mi conciencia y las personas á quienes he perjudicado, pueden reprocharme.

—Bien. De modo que, aparte la queja de la Duquesa, y obtenido su perdón, ¿no tendrás nada que temer?

—De la justicia y de la policía, nada.

—Entonces, para que tus temores se disipen

enteramente, y para que se tranquilice tu conciencia al dar el primer paso en el buen camino, vas á restituir hoy mismo esas alhajas á su dueño.

—No deseo otra cosa, y hace tiempo que quería devolvérselas; pero Prudencia me lo ha impedido.

—Pues yo, en cambio, te lo ruego ahora, y creo que mi ruego hará más fuerza en ti que sus amenazas.

—¡Ya lo creo! Tus ruegos no los discuto, y las órdenes de esa mujer las he discutido siempre.... Para obedecerte, voy ahora mismo á envolver estas alhajas, y á enviarlas con una persona de confianza.

Rachel se levantó; pero su amigo la detuvo, diciéndola:

—Aguarda. El asunto no es tan sencillo como á ti te parece. La Duquesa no sabe quién la envía eso, y podría atribuir el mérito de la restitución á otro que á ti.

—La escribiré, firmando con mi antiguo nombre.

—No; no es escribir lo que hace falta.

—¿Entonces qué?....

—Que vayas tú misma á casa de la Duquesa.

—¡Oh! ¡No me atreveré jamás! ¡No me exijas eso!

—Al contrario, te lo exijo, porque has come-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"